

—Déjame solo, hija mia; despues te diré quién ha sido: y sea cual fuere el golpe que nos espera, recibámosle con serenidad.

La jóven no contestó: estrechó afligida la mano de su amado padre: recibió un beso de éste en la frente, y marchó á su cuarto, presintiendo una nueva desgracia.

Don Andrés, á quien nada podia sorprender ya, por la razon de que esperaba de un momento á otro la órden de abandonar el país, se preparó á recibir á la persona que le buscaba, procurando dar á su semblante aquel aire de tranquilidad que acompaña al verdadero valor cuando va unido á la inocencia.

La puerta de la sala volvió á abrirse en aquel momento, y se presentó un hombre desconocido para D. Andrés.

Quién era aquel hombre y cuál la mision que llevaba, lo dirémos despues de ocupar nos de otros personajes que nos esperan.

CAPITULO XIII.

Quien bien te quiere te hará llorar.

Estamos en el gabinete de Miguel. Un sofá y algunas sillas; una mesa con recado de escribir; un estante fino de caoba con obras escogidas, y cuatro retratos de cuerpo entero, uno del cura Hidalgo que dió el grito de independencia en 1810; otro de Iturbide que la llevó á cabo en 1821; el tercero de Bolívar, y el cuarto suyo, formaban el adorno de aquella pieza. Bajo el último retrato se descubria una puerta, velada por cortinas de damasco azul, que conducian á su alcoba.

En este gabinete sencillo, pero decente, se encontraban dos hombres que, á juzgar por la franqueza y aprecio que se dispensa-

ban mutuamente, debemos creer que eran dos íntimos amigos. En los modales de ambos resalta la educacion, agente el mas poderoso para cultivar con provecho la amistad íntima y durable.

—Sí, amigo mio:—decia Enrique á Miguel, pues estas eran las dos personas que se encontraban en el gabinete:—deja de hacer esta noche tu cuarto de centinela bajo el arco del acueducto, y acompáñame á descubrir el secreto que existe en esas nocturnas y misteriosas salidas de Fernando.

—No te puedo complacer, Enrique.

—¿Por qué?

—Por motivos poderosos que no se pueden ocultar á tu despejada comprension.

—¿Temes que el gobierno trate de prenderte porque has combatido en el bando opuesto?

—Nada de eso: hemos dejado las armas con la garantía de que nadie nos molestará por nuestra opinion, y estoy seguro de que el partido que blasona de liberal, sabe respetar sus tratados y cumplir con sus compromisos.

—Entonces, ¿cuál es el motivo que te impide seguirme?

—Tú sabes, amigo mio, que debí unirme á tu hermana—dijo Miguel con acento triste, y expresando en su fisonomía lo mucho que padecia al hablar de la mujer que idolatraba:—sabes aún mas; sabes que la amo con el respeto que me inspiran sus virtudes, con la pureza mas íntima, como se ama á un sér que divinizamos, y cuya tranquilidad jamas trataré de turbar, como estás bien persuadido de ello, tú que conoces muy á fondo mis honrados sentimientos.

—Si no los conociera, Miguel, tiempo ha que te hubiera suplicado desistieses de tu empeño en acudir todas las noches al arco del acueducto; pero como estoy persuadido de que nunca harás traicion á la virtud y á la amistad, no he creido que debia exigir de tí tal sacrificio, cuando á nadie ofendes, y cifras en ello tu felicidad.

—Me favoreces con la buena opinion que tienes formada de mí.

—Te hago justicia.

—¡Gracias, amigo mio! Por Luisa y por

tí hubiera sido yo el mas venturoso de los hombres; pero tu padre se opuso á nuestra union, y todo acabó para mí, excepto esta invencible tristeza que se ha entronizado en mi corazon.

Y Miguel inclinó la cabeza en la mano izquierda cuyo codo apoyaba en uno de los brazos del sofá.

—Yo buscaba el bien y la felicidad de mi querida hermana; felicidad que amo mas que la mia.

—Esto te deberá persuadir de lo mucho que me costará no poderte servir en lo que solicitas. Pero me veo obligado á ello, porque no quiero que algun dia llegue á oídos de Fernando este paso, y sospeche que lo he dado de acuerdo y por insinuacion de su esposa.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que me dicta mi razon y mi conciencia.

—Tu razon han trastornado los amores, y tu conciencia es en extremo escrupulosa y asustadiza.

—Pues el mal es ya muy viejo y está de-

masiado arraigado para lograr que desaparezca en un instante.

—Y estoy seguro de que desaparecerá.

—Es casi imposible.

—Hay una medicina muy eficaz que producirá los efectos que me he propuesto.

—¿Cuál es esa medicina?

—Tu amistad que me garantiza tu cooperacion.

—Y si Fernando descubriese....

—Pero, ¿cómo lo ha de llegar á saber? ¿Se lo iré á decir yo? ¿se lo dirá Luisa, que ignora todo?

—¿Por qué no te vales de otro amigo en quien no concurren las circunstancias que concurren en mí?

—Porque no tengo mas amigos que tú en el mundo, ni á nadie, sino á tí, podria confiar un secreto que toca á la vida privada de mi querida hermana.

Miguel estrechó la mano de su amigo, agradecido á la distincion con que le miraba: conoció que, en efecto, habia asuntos que no debian salir del círculo estrecho y leal de la verdadera amistad, y no encontró

razones que oponer á aquella advertencia que le parecia basada en la justicia.

—¿Qué respondes?—añadió Enrique viendo que su amigo titubeaba, y seguro ya del triunfo.—¿Te negarás á acompañarme?

Miguel resistió aún: le hizo conocer las terribles consecuencias que podrían sobrevenir sobre su hermana: le pintó, con los mas fuertes colores, la amarga vida que le esperaba, si por desgracia llegaba Fernando á saber que, quien un tiempo mereció el amor de su esposa, le seguía ahora sus pasos: añadió que le ahorrara el remordimiento de ser la causa inocente de la desgracia de la mujer que amaba; y por último le manifestó el temor de atraerse el odio y el desprecio del único sér que habia hecho latir de amor su corazón; odio y desprecio que no podría resistir y que le causarían la muerte.

Pero todo fué en vano. Enrique insistió de nuevo, y Miguel se vió precisado, bien ó su pesar, á condescender con el deseo de su verdadero amigo.

—Bien; puesto que tanto interes tienes

en ello, te acompañaré, Enrique. Dispon el dia y la hora, y cuenta conmigo para todo.

—No esperaba otra cosa de tí.

—¿Cuándo resuelves que sea?

—Dentro de diez dias, en que ya la ciudad habrá vuelto á su estado de seguridad.

—Has ido á elegir precisamente un dia malísimo para mí.

—¿Por qué?

—Porque mi familia y yo estamos convidados para un dia de campo en el bosque de Chapultepec.

—¿Y no estarás libre á las ocho de la noche?

—Sí.

—Pues entonces no se opone lo uno á lo otro.

—Tienes razon.

—Te paseas de dia, y en la noche vengo por tí.

—Corriente.

—¿Y va tambien á ese dia de campo tu simpática prima María?

—Indispensablemente; y tú tambien, si

es que no quieres desairarme, pues quedas convidado desde este momento.

—Vas tú, y esto basta para que yo no rehusé tu obsequio.

—¿Y no tiene alguna parte en tu condescendencia el saber que nos acompaña María?

—No trato de negarlo: tu prima es una de las jóvenes mas recomendables y hermosas, á quienes es imposible verla sin amarla.

—Y á quien habrás dicho mil veces esas mismas palabras.

—Nunca.

—¿De veras?

—Te lo aseguro bajo mi fé de amigo.

—¿Y por qué?

—Me infunde tal respeto aquel rostro celestial, que enmudezco á su lado, temiendo disgustarla con una declaracion.

—¡Disgustarla! . . .

—Te lo juro.

—Nunca se disgusta una mujer por oír que la dicen hermosa, y verse amada de un rendido de sus gracias.

—Será así, pero yo no puedo vencer mi natural timidez: amor y atrevimiento me parecen cosas incompatibles: el que de veras ama, se cree tan inferior al objeto amado, rodea á éste de tal pureza, de tal espiritualismo, teme tanto no alcanzar el bien supremo de poseerlo, que el mismo deseo de conseguir la alta felicidad que anhela, pone trabas á su lengua, modestia en sus ojos, y respeto en su corazón. Mas con nuestra agradable charla me habia olvidado de que me espera á comer Luisa.

Al oír este nombre, sintió Miguel una sensacion violenta que le cortó la respiracion. Hay palabras magnéticas, cuyo sonido causa el efecto de un golpe eléctrico. Pero esas sensaciones, por lo mismo que son violentas y terribles, pasan rápidas como el relámpago, pues á durar mas tiempo, el corazón no podría resistirlas sin sentirse despedazado. Miguel, pasado el primer instante de estremecimiento, que reanimó instantáneamente su existencia, volvió á quedar triste y abatido, abrumado por sus pasados ensueños de ventura. Enrique comprendió

lo que pasaba en el pecho de su amigo, y añadió:

—¿Te has puesto triste?... Vamos, eres un niño que no tiene fuerza, ni valor, ni voluntad, para hacerse superior al destino.

—Sí, tienes razón, soy un niño:—dijo Miguel con profunda amargura:—un niño que solo sueña con el objeto que ha impresionado su alma; un niño que no hace más que llorar cuando le arrebatan todo cuanto constituía su felicidad, la ilusión y el encanto de su sencillez corazón, un loco á quien preocupa siempre un mismo pensamiento, y que no puede desecharlo jamás; que lo lleva por todas partes, que le acompaña tenaz en el bullicio de las ciudades, en la soledad de los campos, en las calles, en el retiro de su encierro, en sus sueños siempre rápidos é inquietos!....

—Sueña, pues, amigo mío, ya que soñando gozas; ama, ya que el amor es la fecundante savia que esparce por todas tus venas el germen de la vida: continúa en tus nocturnas visitas al arco del acueducto: contempla desde allí al objeto de tu amor, co-

mo el triste amante vé desde la playa perderse en el horizonte el velero bagel que lleva á lejanos climas el dulce bien que idolatraba: conozco tu virtud, y nada temo: tu amistad es la mejor garantía para mí, de que nunca turbarás la tranquilidad de la mujer que debió ser tuya.

—No burlaré tu confianza.

—Adios, querido amigo.

—Adios, Enrique.

Miguel acompañó á su amigo hasta la puerta del gabinete: allí se estrecharon la mano, y Enrique se dirigió á la calle.

Miguel, en cuanto se alejó el hermano de la mujer que amaba, se dejó caer abatido en el sofá, cruzando los brazos y fijando la vista en el suelo. Así permaneció un gran rato, como avergonzado de sí mismo, pues se juzgaba indigno del título de amigo que le acababa de dar Enrique, cuando él había faltado á su deber traspasando los límites del honor, arrojando á la hermosa Luisa el papel que podía comprometer su tranquilidad, y que el lector conoce ya.

—¡Yo no soy más que un vill!....—ex-

clamó despues cerrando los puños y apretando los dientes:—un vil que abusa de la confianza de un tierno amigo.... Pero, ¿no tiene disculpa mi imprudente proceder?... ¿No juré no olvidarla jamas?

Y como si la lucha interior que sostenia le obligase á cambiar de actitud á cada instante, inclinó el cuerpo hácia adelante, apoyó los codos sobre las rodillas, ocultó el rostro entre las manos, y exhaló un profundo suspiro que fué á confundirse con el leve ruido de la puerta del gabinete que, en aquel momento, se abria suavemente.

El bello contorno de una mujer de quince abriles, de hechiceras formas, envuelta en una vestidura de elegante corte, apareció en el dintel, separando con su blanca y delicada mano la flotante cortina que velaba la entrada. Su rostro, hermoso como la esperanza que sonrie al desgraciado, participaba de esa mezcla suave, de ese agradable colorido que resulta del amalgama del blanco, ocre y bermellon, que tanto realza los divinos semblantes de las vírgenes de Rafael; ese delicado tinte moreno, lleno de

atractivo, lleno de expresion y de vida, cuyos hechizos hacian irresistibles unos bellísimos ojos negros velados por sedosas y prolongadas pestañas: en su poética y seductora cabeza, se recogia, en gracioso peinado, su luenga cabellera de ébano, brillante y lustrosa como el raso negro, abundante y fina como la seda, ondulosa y suave como un lago rizado por las auras: su ebúrnea y torneada garganta, airosa como la del cisne ostentaba esa tersidad que admiramos en las Vénus de blanco mármol, debidas al diestro cincel de los grandes escultores griegos: su lindo pié, calzado por un zapato de cuatro puntos, dejaba ver su elevado empeine, asomando apenas por el flotante vestido de cándido linon que realzaba las seductoras formas de su esbelto y flexible cuerpo: un finísimo *rebozo* (1) de *Santa Ma-*

(1) Especie de chal de seda torcida, de caprichosos colores con que se embozan las mujeres: sus precios varían mucho: los de *Santa María* valían cincuenta duros; pero los hay de otros puntos que valen hasta doce duros: la gente pobre en vez de seda gasta de algodón: las señoras usan el rebozo dentro de casa ó en el campo; pero la gente del pueblo lo lleva siempre, y con suma gracia.

ria, de exquisita seda, matizado de brillantes y variados colores, descansaba sobre sus divinos hombros y cubria su turgente y elevado seno, pero sin ocultar su estrecha y mórbida cintura, flexible como el ligero mimbre de los rios. Aquella seductora jóven, quieta en el dintel de la puerta, y separando con sus blancas manos la tela flotante que velaba la entrada, parecia el ángel de la luz descorriendo las vaporosas cortinas del Oriente al asomar la aurora. Su bello conjunto hubiera inspirado un excelente cuadro á un célebre pintor, ó un cuento fantástico lleno de mística poesía á nuestro fecundo y elegante poeta Zorrilla. Era una mujer perfecta que reunia la gracia á la hermosura; un verdadero tipo mexicano de irresistible atractivo, lleno de sensibilidad, de dulzura y de candor.

El primer objeto que se presentó á la vista de esta interesante jóven al asomar su apacible rostro por entre las cortinas de la entreabierta puerta, fué Miguel que permanecia aún quieto, con los codos sobre las rodillas y oculto el semblante entre sus ma-

nos. Al verle en aquella actitud meditabunda, se quedó inmóvil, asomó á su fisonomía el grato tinte de la compasion, veló sus negros ojos una sombra de ternura, abrió tristemente sus virginales labios, frescos y nacarados como la rosa bañada por el suave rocío, y pronunció con una voz leve y armoniosa como las auras que halagan el cáliz de las flores, estas breves palabras que encerraban un poema de afectos tiernos, de sentimientos íntimos, de interes y de cariño.

—¡Siempre solo y triste!... ¡Pobre Miguel!...

Y permaneció contemplándole, con la religiosa pureza con que la bellissima Diana bajaba á contemplar todas las noches el bello rostro de su adorado Endimion, mientras dormia en la risueña gruta. Luego, temiendo interrumpir el misterioso silencio que en la pieza reinaba, trató de retroceder sin que aquel hombre, cuyo dolor respetaba, llegase á notar que le habian sorprendido en sus melancólicas y profundas meditaciones; pero aquella resolucion, á juzgar por la tristeza que se operó en el semblante de la jó-

ven al lanzar la última mirada sobre Miguel, exigía un sacrificio superior á las fuerzas de su sensible alma. Una fuerza oculta la detenía en aquel sitio: parecía que su alma impresionable, se encontraba subyugada en aquel momento por esa influencia magnética que ejercen sobre nosotros algunos seres, sin que nos podamos explicar sus causas.

Esta irresolucion, dió lugar á que Miguel, saliendo de su éxtasis, dirijiese, triste y maquinalmente, la vista hácia el sitio en que permanecía la jóven. Al verla, no pudo contener una exclamacion de sorpresa, á la cual sucedió, en el acto, una mirada de ternura y de deferencia que daban á conocer bien claramente, que la presencia de aquel ángel no le inspiraba recelo ni desconfianza. La jóven correspondió á la mirada de Miguel con otra mirada indefinible, en que se pintaban á la vez, la ternura mas profunda, el interes mas vivo, la satisfaccion, el cariño, la compasion, el amor sin término.

—¿Eres tú, María?

Dijo Miguel con agradable acento, son-

riendo con una grata melancolía, que daba á su semblante una expresion cautivadora.

—Sí;—contestó con timidez y turbacion la jóven.—Tu prima que tantos favores debe á toda tu familia, y que, como te vé padecer de algun tiempo á esta parte, padece tambien.

Habia tal ternura y tanta verdad en las palabras de María, que Miguel se sintió conmovido dulcemente, y señalando un lugar en el sofá, contestó:

—Siéntate, María; siéntate á mi lado.

La hermosa jóven dejó caer las vistosas cortinas, y se adelantó aérea, magestuosa y gentil, hácia el sitio que le señalaba su primo. Al cruzar sin ruido el corto espacio por la alfombrada estancia, sosteniendo en su nevado y poético cuello su graciosa y seductora cabeza, envuelto su flexible talle en aquella vestidura cándida y flotante, parecía un blanco cisne de Inglaterra deslizándose por la serena superficie de un dormido estanque.

María se acercó al sofá, y se sentó en el lugar que su primo le señalaba.

—Tal vez—dijo con timidez—te he venido á interrumpir.

—No lo creas.

—Para los que abrigan algun pesar, la presencia de otra persona suele ser importuna.

—La tuya, hermosa prima, lejos de causarme el disgusto que te presumes, me inunda de placer y de satisfaccion.

—Sentiré que la educacion te impida ser franco conmigo.

—Mis palabras son la expresion pura de mis sentimientos.

—Entonces te doy las gracias por el favor que me dispensas.

—¿Y cómo sabes tú, María, que al que sufre le es importuna la presencia de otro ser?

María se cubrió de un encendido carmin, como si toda la sangre del corazon se hubiera trasladado de repente á sus mejillas, y para disimular su rubor, fijó sus ojos en uno de los retratos del gabinete.

Miguel, sin advertir aquel cambio, continuó:

—¿Has experimentado acaso, por desgra-

cia, tú, tan jóven, tan pura y tan hermosa, la amargura que deja el desengaño, y has hallado en la soledad el bálsamo consolador?....

María fijó sus hermosos ojos en su primo, y guardó el mas profundo silencio. Miguel que, preocupado en su idea, no comprendia que con sus palabras estaba desgarrando el corazon de su prima, agregó clavando en ella su mirada.

—¿Amas, acaso, María?

Esta pregunta inesperada, volvió á encender el rostro de la jóven que empezaba á recobrar su apacible tinte: Miguel sorprendió aquel cambio, y prosiguió con cariñoso acento, cogiendo entre sus manos la helada y trémula de la jóven.

—¡Habré acertado!.... ¡Pobre María!.... Si es verdad que amas, no sea á un ingrato que no corresponda á tu amor.... No sea á un falso que hoy te jure amar hasta la muerte, y mañana te deje por otra... ¡Ah!.... porque esto es lo mas cruel para un corazon sencillo y puro que ama por primera

vez.... Mira, María, tú sabes que te amo como á una hermana, y que por verte feliz haria los mayores sacrificios....—La jóven se estremeció como el herido al tocarle con la piedra infernal la llaga.—Pues bien, no me ocultes los secretos de tu corazon.... Yo te he sorprendido mil veces llorando y escribiendo en tu cuarto, y cuando he entrado en él, has ocultado el papel en que escribias, y enjugando tus lágrimas, te has revestido de un carácter jovial. Esto no se hace sin graves motivos que te fueren á ello.... María, no me ocultes la verdad, ¿amas?

La jóven no supo qué responder: educada en la escuela de los mas sanos principios, su alma permanecia pura y limpia como la fragante rosa dentro del virginal boton que cuida el entendido jardinero: el pudor, ese toque divino de la mano de Dios, ese limpio espejo en que se reflejan la honestidad, la modestia, el recato y la vergüenza que subliman á la mujer, rodeándola de una auréola de indefinible atractivo, existia vírgen, vigoroso, en su cándido corazon,

y la obligaba á ocultar en el fondo de su pecho los íntimos afectos que sentia.

—Confíesalo sin temor:—añadió Miguel viendo que María titubeaba.—¿No soy tu amigo?... ¿No tienes confianza en mí?... Vamos, habla: ¿amas?

—No amo en el mundo mas que á tí, Miguel, y á tus benévolos padres que me recogieron en su casa al quedar huérfana en el mundo. Sin tí y sin ellos, ¿qué hubiera sido de mí?... Aquí todos me tratan como á una hija, y tú....

—Y yo—le interrumpió Miguel—no sé mas que amarte, porque tú eres digna del amor de todos.

Dos lágrimas se asomaron á los ojos de María, que poco despues rodaron por su sonrosada faz, como dos gotas de rocío sobre las purpúreas hojas de la fragante flor. Miguel, sin advertirlas, continuó.

—Sí: yo no sé mas que amarte, y mucho mas te amo ahora, que la ingratitude de una persona ha desencantado mi corazon: porque ahora es cuando conozco mas tu cariño y tu afan en consolarme.

—¿Con que es cierto que padeces?

—Sí, María; ¡mucho padezco!....

—Tal vez habrá algun remedio.

—No; no le hay, María; no le hay; porque mi mal está aquí.... en mi corazon.... Una mujer, hermosa como tú, lo ha causado para acabar con mi vida....

—¡Una mujer!....—exclamó María, que ignoraba los amores de Miguel con Luisa.—
¡Una mujer!—murmuró despues interiormente, oprimiéndosele el corazon como si colocasen sobre él la losa del sepulcro.—
¡Con que ama á otra!....

Y María dejó caer la cabeza sobre el pecho en muestras del mayor abatimiento.

Miguel, que atribuyó la tristeza de su prima al interes que por su suerte tomaba, exclamó acercando á sus abrasados labios la mano helada de la jóven, que sintió discurrir por sus venas, al contacto de aquel ósculo, un fluido inexplicable que fué á caer dentro de su pecho como un metéoro ígneo en la Santa Bárbara de una embarcacion.

—¿Te has puesto triste, María? ¡Ah!....
¡tú eres la única persona que se interesa por

mi!.... ¡que comprende mi corazon!....
¡Por qué no abriga ella una alma sensible como la tuya?....

—¡Miguel!.... ¡Por Dios!....—Dijo la jóven no pudiendo resistir á la opresion aguda que experimentaba su pecho:—No pronuncies esas palabras, que me haces padecer....

—¡Tienes razon!.... ¡Perdóname!.... Pero sufro tanto, que cuando encuentro una persona que, como tú, toma parte en mis penas, mi corazon descansa del terrible peso que le abruma.

María sintió que sus miembros empezaban á languidecer, y que le abandonaban por momentos las fuerzas: su semblante fué cubriéndose de una palidez mortal, y su pecho respiraba violentamente y con dificultad. Habia sufrido tanto la infeliz en tan corto tiempo, que agotada su resistencia fisica, estuvo á punto de caer sin sentido bajo la influencia moral que aniquilaba su existencia.

Por fortuna suya, se oyó en aquel mo-

mento la voz de una mujer que desde la sala llamaba á Miguel.

—¡Mi madre!—dijo éste soltando la mano de María y poniéndose en pié.—Me habia olvidado de que me espera para que le acompañe al convento de Santa Isabel. Adios, prima mia; hasta luego.

—¡Adios, Miguel!

Contestó la hermosa jóven, mirándole con cariñosa compasion.

Apenas se vió sola María, se apoyó sobre uno de los brazos del sofá, y dió libre curso á su llanto, que hasta entonces habia contenido dentro de su corazon.

—¡Ama á otra!....—exclamó despues de un largo rato en que los suspiros permitieron el paso á las palabras.—¡Ama á otra!.... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¡Para qué quiero vivir si ya nunca podré ser feliz.... *Por tí haria los mayores sacrificios*, me ha dicho, y sin embargo, me condena á padecer.... y á padecer para siempre!.... ¡Ah!.... si él supiera cuánto le amo.... Si él conociera esta pasion oculta que le consagro y que me mata!.... ¡sin duda que se compadece-

ria de mí, y tal vez.... Pero no; no sepa nunca que he padecido por él.... ¿Quién soy yo, infeliz huérfana, para merecer el amor del mas bueno de los hombres?....

Y María quedó sumergida en el dolor que desgarraba su alma, con los ojos bañados en lágrimas, y fijos en el retrato de su primo, mudo confidente de sus penas, de su pasion y de sus dolores.

¡Llanto.... suspiros!.... he ahí el eloquente lenguaje del verdadero amor no correspondido. Querer expresar todo lo que ese llanto y esos suspiros indicaban, todos los pensamientos tiernos que envolvian, la pureza de afectos que entrañaban, sería destruir el poema del sentimiento; profanar la grandeza de lo inconcebible; querer dar á conocer los fulgentes, diáfanos y maravillosos rayos del sol, por la pálida pintura de un lienzo que parodia una de las obras mas portentosas del Criador. No se puede reducir á los estrechos límites de la palabra lo que raya en lo sublime, y excede á lo que la imaginacion puede concebir: intentarlo es desvirtuar el espiritua-

lismo inefable: los afectos íntimos que traspasan el círculo de lo explicable, le basta al autor insinuarlos, dejando libre al lector el ancho campo de la meditacion, de la reflexion y de las conjeturas.

¡Pobre María! apenas contaba quince años, y ya sufría el mas cruel de los dolores: el dolor de no verse correspondida del objeto de todo su amor.... del hombre en quien habia cifrado su felicidad, y del cual habia soñado ser mil veces!....

Acababa de abrir la primer página de la historia de la humanidad, y leyó en un desengaño la primera ilusion perdida!....

CAPITULO XIV.

Pagar sin deber.

Volvamos á Buenavista, á la honesta y pintoresca habitacion de la hermosa Pilar.

El hombre que se presentó en la puerta de la sala en que estaba D. Andrés, iba vestido de rigoroso luto: era jóven, moreno y alto; de fisonomía franca y expresiva; ojos y pelo negros, de maneras distinguidas, de elegante porte, y atento y comedido como buen mexicano: en su mano, cubierta con guante negro de fina cabritilla, llevaba un magnífico baston con puño de oro, del cual pendian dos pequeñas borlas de seda.

D. Andrés le miró fijamente, y no pudo